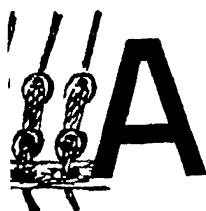


LA GUERRA FRANCO - PRUSIANA

Y la Creación del Imperio Prusiano 1870

Por

Canis VENATICI
Armada de Chile



LAS LUCHAS características de la política europea de la época, se sumaba una vieja cuestión histórica: la de una eventual unión alemana con el imperio austro-húngaro, que resucitase los mejores momentos imperiales. No importaba aquí la pugna entre el liberalismo y el absolutismo como cuestión fundamental, y pasaba a segundo término la aparición de doctrinas socialistas, en una lógica coincidencia con el desarrollo industrial, que daba lugar a una de las más aceleradas transformaciones sufridas por Europa.

Si, por un lado la Casa de Hapsburgo había dejado de representar ese sentido imperial al ir disminuyendo su poderío, los caracteres nacionales imponían esta solución que oponer al imperio francés, al poderío británico o a las ambiciones rusas.

La etapa que se extiende desde 1848 hasta 1870 en Alemania y Austria-Hungría no es sino una serie de esfuerzos, bélicos y económicos, para lograr esta unidad, a más de la supremacía sobre los demás Estados germánicos, traducidos principalmente en una lucha llevada a todos los terrenos por Austria y Prusia para alcanzar el primer lugar en un futuro Imperio o, a lo menos, en una Confederación General.

La amenaza que suponía para el pangermanismo la suspicacia francesa, con sus aspiraciones de tener el Rhin como frontera

natural y sus afanes de ocupar el primer plano en los asuntos continentales; el deseo insistentemente manifestado por Inglaterra de mantener el equilibrio europeo, no era sino un medio de mantener su poder, ya que su inclinación a uno u otro bando era suficiente para decidir una cuestión definitivamente, y, finalmente, la aparición del problema nacional italiano, forzaba todo ello a los príncipes alemanes a buscar una solución como la que habían adoptado España, Francia e Inglaterra en los comienzos de la Edad Moderna al realizar su transformación en grandes nacionalidades.

Se oponían, no obstante, grandes obstáculos. Desde la existencia de las trabas aduaneras, hasta las más insalvables diferencias religiosas e ideológicas ya que, en el primer caso, las dos grandes masas de católicos y luteranos no podían llegar a una mutua tolerancia, situación que se complicaba aún más con la existencia de otras confesiones, algunas de las cuales, como la hebrea, multiplicaba su potencia numérica con la potencia económica. Por otra parte, las pequeñas Cortes, con sus soberanos y sus segundones, sus nobles y sus funcionarios, no querían en modo alguno renunciar a sus privilegios, difícilmente aceptables en una sola legislación, y llegaban en cierto modo a preferir al lejano emperador de Austria antes que la for-

mación de una fuerte nación alemana, de una eventual autoridad mucho más eficaz.

Además, el liberalismo había creado un sentido de responsabilidad aun en sus propios enemigos, ya que si las decisiones de cada príncipe habían tenido el carácter de definitivas hasta la Revolución Francesa, a partir de 1815 el nacionalismo germánico y las tendencias a la unificación inclinaban los ánimos a la discusión, cuando menos. Una serie de defensores de las nuevas corrientes aparecían en las universidades, tanto al colocarse los estudiantes a la cabeza de todos los movimientos como al publicarse una serie de obras que, despreciadas en un principio por Bismarck, darían, en definitiva, los mejores argumentos para lograr la unidad y para crear un clima de reivindicaciones que sería la base de un nacionalismo sin retrocesos.

Ante este estado de cosas, las luchas políticas entre los diversos partidos, tan importantes como pudieran ser en cualquier país europeo, pasaban a un segundo plano de interés, como pasaban también las cuestiones locales de los reinos y principados, para centrar la atención de todos los alemanes en Prusia y en la política de unidad.

Inútilmente los soberanos de Sajonia y Baviera intentaban obstaculizar el creciente predominio de Prusia sobre los demás Estados.

Desligados ya los intereses de Alemania de los del Imperio, cada vez más débil, parecía que las circunstancias empujasen al pueblo germánico a la unidad, a pesar de los esfuerzos locales para conservar cierta autonomía en los asuntos militares e internacionales. Se oponía a la unidad el hecho de que no fuese Federico Guillermo IV el hombre capaz de llevar a cabo un programa tan ambicioso, pero aun este inconveniente quedó resuelto, puesto que el soberano, enfermo desde hacía algún tiempo, se veía obligado a encomendar los negocios públicos a su hermano Guillermo en octubre de 1857, si bien hasta un año más tarde éste no tomó oficialmente el título de Regente.

Políticamente se había efectuado un desplazamiento de doble dirección. Si bien, en general, los partidarios del orden habían extremado su reacción en la etapa final de Federico Guillermo IV, una gran parte de ellos se había inclinado a la tran-

sigencia, mientras que los grupos extremistas de 1848 se habían integrado al marxismo. Un estrato medio, que se ignoraba a sí mismo, existía de hecho, y reaccionaba ante las ideas del príncipe con entusiasmo, ya que estas ideas representaban el sentir de la mayoría de los alemanes. Se hacía necesario forjar un espíritu nacional, basado en los intereses y esfuerzos comunes, y no tardó este espíritu en manifestarse tanto en las conmemoraciones de Stein y Schiller como en una serie de congresos y de fiestas patrióticas, que iban creando un clima que había de culminar con la aparición del irredentismo simbolizado en Alsacia y Lorena, como las más caras reivindicaciones alemanas.

A nadie podía extrañar que el príncipe regente insistiese, ahora con visos de realización inmediata, en crear, antes que ninguna otra cosa, un ejército poderoso y capaz. La intervención de Francia, bajo el mando de Napoleón III, en Italia contra los austríacos, favoreció estos deseos, puesto que, si bien el príncipe regente y los prusianos no sentían excesiva simpatía por Austria, el espíritu anti-francés y una especie de solidaridad germánica les impulsaban contra el Imperio francés. No se llegó a una real intervención, pero las movilizaciones militares que se llevaron a cabo, demostraron, con su lentitud, la ineficacia del ejército y la urgencia de una modernización inmediata e inaplazable, y esto, unido a la afición que en las cuestiones militares había demostrado siempre el regente, hizo que pareciese lógica su actitud, excepto a los liberales, que se hallaban en franca hostilidad con él.

El príncipe comenzó por volver al servicio militar de tres años de duración, en lugar de los dos a que se había reducido, y por aumentar, también en un año, la situación de la reserva activa. Pero, como para mantener el ejército, que resultó superior a los 400.000 hombres, necesitaba grandes créditos, logró que el "Landtag" votase provisionalmente un presupuesto especial, y, una vez creados nuevos regimientos, aunque los representantes de la Cámara protestaron alegando que aquel crédito era solamente provisional, quedó definitivamente organizado y ya no pudieron dejar de sostenerlo.

Federico Guillermo IV moría sin sanar de su locura, y le sucedía en el trono el príncipe regente, con el nombre de Gui-

lermo I. Iniciaba el soberano su reinado con un manifiesto a su pueblo, el 7 de enero de 1861, en el que demostraba el acierto de quienes le habían juzgado autoritario, ya que, si bien reconocía ser el príncipe soberano de Prusia desde que se habían impuesto las costumbres políticas modernas en el país, no dejaba de afirmar el erigen divino de su poder, ya que sostenía que "sólo Dios le había entregado su corona".

Los nuevos tiempos a que aludía el rey no tardaron en dar sus frutos, pues en las elecciones de 1861 aparecía el partido progresista alemán que reclamaba el fin de la influencia del clero (reforma de la enseñanza primaria y matrimonio civil), de la nobleza (reducción de los gastos del ejército y modificación de la Cámara de los señores), a más de las libertades habitualmente pedidas por los partidos constitucionales. Como contrapartida, exigía la unidad alemana bajo la dirección de Prusia, extremo que le dio la colaboración de un buen número de votantes y el triunfo electoral a pesar de las hostilidades de los liberales. Una mayoría, aumentada por la colaboración de los representantes del centro, decidió a los progresistas a luchar contra el Ministerio y sus propuestas presupuestarias, obligando al rey a nombrar un nuevo Gabinete presidido por el príncipe Hohenlohe.

La lucha había comenzado abiertamente entre el rey y los progresistas. A una orden del Gobierno, los funcionarios comenzaron a ejercer toda clase de presiones sobre los electores, pero, y a pesar de ello, cuando el soberano disolvió la Cámara en 1862, los progresistas volvieron a ella en mayor número que antes. Ya no necesitaban el apoyo del centro, pues constituían por sí mismos una mayoría tan poderosa que el Gobierno sólo podía lograr diez votos para la aprobación de los créditos militares, rechazados por más de trescientos representantes.

La consternación de la Corte fue extraordinaria. El mismo rey perdió la confianza hasta el extremo de preparar el acta de abdicación, pero finalmente, y como un último intento para salvar la crisis, mandó llamar a su embajador en París para que se encargara de la formación de un nuevo Gobierno.

El hombre: Otto von Bismarck

Era el nuevo ministro un hombre lleno de contradicciones. Sus ascendientes inmediatos se habían inclinado más bien a las nuevas doctrinas, y, como tantos pequeños señores de la época, él mismo, durante su juventud, no se había destacado precisamente por su sentido del orden. Diputado en la Asamblea Nacional de Prusia, sus violencias habían dejado lugar a que el rey le llamase el "reaccionario rojo". Enemigo de Austria, estaba convencido de que había de llegar a la guerra entre su país y el Imperio, resumiendo sus ambiciones en lograr tanto la unidad nacional como la estabilidad política, "por el hierro y por el fuego".

Si durante sus años universitarios no había hecho sino beber y mezclarse en los ruidosos desafíos estudiantiles, sus lecturas incesantes durante su estancia en sus tierras de la Pomerania y sus viajes, le habían dotado de una sensibilidad política que, al servicio de una energía extraordinaria, hacían de él la persona adecuada a las circunstancias.

Pronto demostró que no era hombre fácilmente dominable ni por el Parlamento ni por los partidos.

Continuaba en toda su crudeza la cuestión parlamentaria por los presupuestos, ya que la Asamblea se oponía a que se prorrogasen los créditos anteriores hasta la votación de un nuevo ejercicio económico. La hostilidad de los progresistas hacía imposible la promulgación, y Bismarck envió el presupuesto a la Alta Cámara, que lo aprobó finalmente. El Parlamento denunció el hecho como contrario a la Constitución, puesto que entendía que sin su aprobación previa no podía pasar a manos de los representantes de la nobleza. En realidad, la Constitución no había previsto tal caso, el que un ministro tomase tal determinación, y Bismarck aprovechó tal omisión para hacer constar que, si de tres elementos que constituían el Poder Legislativo, había dos conformes en aprobar el presupuesto, y uno de ellos además disponía de la fuerza necesaria para imponerlo, no quedaba sino ordenar su ejecución, como se hizo, a pesar de todas las protestas, que la Cámara no cesó de formular hasta que fue disuelta en 1863.

Un régimen de fuerza se había instaurado. Se suprimía por decreto la libertad de imprenta; se derogaba, prácticamente, el derecho de reunión, y se nombraban comisarios regios cuando los elegidos para los Ayuntamientos no eran de la confianza del Gobierno. Las protestas no acababan, sino que eran cada vez más frecuentes, pero Bismarck podía y sabía esperar hasta que las circunstancias le permitieran llevar a cabo sus proyectos. Una de sus primeras medidas, convencido de la fuerza que le podía prestar el apoyo internacional, especialmente el de Rusia, fue la de entregar a los emigrados polacos, 1863, con lo que, a más de congraciarse con un eficaz aliado, alejaba de Prusia a un incómodo núcleo de perturbación.

Una inteligente política derivaba la atención de Alemania hacia la órbita internacional, ya que se presumía la posibilidad de un ataque por parte de Napoleón III, posibilidad habitualmente explotada por los prusianos para propagar continuamente la idea de unidad nacional. La vieja rivalidad entre Austria y Prusia, a propósito de quién había de dirigir el nuevo país, llegaba al máximo, ya que Bismarck se cuidaba de advertir al embajador de Austria de que el porvenir de ésta no se encontraba en Alemania, sino en Hungría y sus intereses. Por su parte, el emperador reunía un Congreso de Príncipes en Francfort para tratar un proyecto austríaco que daría el poder de una eventual Confederación a un Directorio del que formarían parte Austria, Prusia y Baviera como miembros permanentes y otros tres que se turnarían entre los demás Estados alemanes. No podría llevarse a cabo esta reforma sin el consentimiento de Prusia, pero este consentimiento hubiera significado el fin de las ilusiones prusianas.

Y Prusia no aceptó la propuesta.

Esta posición apartaba de Guillermo I y de su ministro a los liberales alemanes, que veían en las reformas que el emperador había implantado en Austria una esperanza para el futuro. Una vez más recordaba el ministro que sólo la guerra podía alumbrar la nueva nacionalidad, pero había que prepararse, sobre todo en el exterior. El verdadero enemigo era Austria, cualquiera que fuese el ejército al que se combatiese, pero había que mantener la mayor cautela si no se quería precipitar en

la contienda al emperador francés, quien estaba ansioso de gloria.

Los primeros pasos demostraron la habilidad de Bismarck en sus relaciones con Napoleón. Sin comprometerse a nada, dejó entrever la posibilidad de que Francia saliese beneficiada, simplemente permaneciendo neutral, con aumentos de territorios, y así tuvo la seguridad de poder actuar sin temor a la formación de un nuevo frente de combate. Por otra parte, esto facilitaba la relación de Alemania con una Italia que debía a Francia su éxito y que, por sobre todo, tenía una profunda enemistad con Austria.

Una acertada gestión permitió a Bismarck contar con este aliado, que bastaba para tener fija a una gran parte del ejército austríaco, a cambio de una posible invasión del Véneto por parte de Italia. Quedaban dos grandes potencias: Inglaterra, con su política de "espléndido aislamiento", no preocupaba 'mayormente' a Bismarck, sabedor de que los ingleses no intervendrían en los conflictos continentales que no afectasen directamente a sus intereses. Rusia, a más de seguir su tradicional política de alianza con Prusia, no podía olvidar el auxilio recibido del ministro en la cuestión de los emigrados polacos.

La hora del hierro y del fuego haba llegado

Una vez concluida la guerra contra Austria, en 1866, por la cuestión de los ducados del Schleswig y Holstein, y habiendo terminado ésta con la más completa derrota militar y política austríaca, continuó la obra de Bismarck en la unificación alemana.

Ahora bien, la obra de consolidación de una gran Alemania tenía que lograrse por medio de una empresa exterior que entusiasmasse a todos los alemanes e inclinase definitivamente a los Estados del sur, desvinculados ya prácticamente de Austria, hacia la Confederación del norte, o, a efectos prácticos, hacia la órbita prusiana. Bismarck conocía muy bien la necesidad de esta empresa común para lograr la amalgama de la nueva Alemania del Norte, desde Prusia a Franconia y del Holstein a Baviera.

Bismarck nunca se lanzó a una guerra ni a una aventura alguna sin necesidad, ni

tampoco sin haber calculado fríamente sus posibilidades; pero, entonces, se hacía conveniente aquella aventura final.

La cruzada alemana, por muchos motivos, iba a dirigirse contra Francia. El segundo Imperio napoleónico simbolizaba la potencia hegemónica del continente, y el poderío germano no podría edificarse sino sobre el avasallamiento de la pretenciosa política parisina. Por otra parte, los roces con Francia habían sido frecuentes, sobre todo desde los tiempos de la Paz de Praga y ulterior consagración de la Confederación del Norte. Napoleón III había intentado compensar, a efectos de fuerza y de prestigio, las victorias prusianas con la anexión de Bélgica y Luxemburgo, propósitos que Bismarck, con el aplauso británico, había hecho abortar con verdadero bochorno para los políticos galos. El enfrentamiento entre Prusia y Francia, que iba a poner en juego la existencia de dos Imperios —el alemán y el francés— era un hecho que en principio ninguna de las partes había deseado, y que ahora, en virtud de las circunstancias, consideraban ya necesario las dos. Para Bismarck, la gran cruzada antifrancesa sería la empresa por excelencia para Alemania, y nada uniría a los alemanes como la lucha contra un enemigo común, como por tradición era para todos los alemanes el francés. Para Francia, la guerra contra la potencia germana, símbolo "bárbaro" del retrogradismo, serviría para conservar el prestigio, un tanto disminuido en los últimos tiempos, del Segundo Imperio, y dejar ya sin respuesta posible sus aspiraciones a una hegemonía europea.

En estas condiciones era fácil predecir que se llegaría tarde o temprano a una situación de guerra, y que ambas partes aprovecharían cualquier pretexto para justificarla. El hecho se avalaba más aún por cuanto unos y otros estaban seguros de su victoria. Bismarck contaba con la formidable maquinaria de su ejército prusiano, si no el más numeroso, al menos, el mejor organizado del mundo, cuya eficacia había quedado confirmada en las maniobras de Sadowa contra los austríacos. El conde Moltke mantenía esta maquinaria a punto, y dotada ya de planes concretos. Los franceses, por lo contrario, tendrían que fiarlo todo a la improvisación; pero confiaban en sus amplias posibilidades movilizadoras y en el sistema más compacto y ho-

mogéneo del Estado francés, que permitiera una mejor coordinación entre los aspectos militares, políticos y económicos del país.

Los generales franceses, por su parte, daban a Napoleón la seguridad de la victoria.

Con todo, la aventura era demasiado arriesgada por ambas partes, y por eso, sin dejar de considerarse, entre 1867 y 1870, la posibilidad, y después hasta la probabilidad de un enfrentamiento decisivo, menudearon los cálculos, las gestiones diplomáticas y la búsqueda de posibles soluciones. Bismarck tentó la posibilidad de un entendimiento con Inglaterra, que no cuajó en nada concreto, porque si en Londres existía preocupación ante las aspiraciones napoleónicas sobre Bélgica, no había, en cambio, el menor interés por un engrandecimiento de Prusia hacia el oeste del Continente; eso sí, los diplomáticos alemanes adquirieron la seguridad de que el Gobierno del pacifista Gladstone no se movería para evitar el aplastamiento del Imperio francés por la naciente potencia germana.

Por su parte, Napoleón III contaba con el posible apoyo de Austria, a la que suponía ansiosa de recuperarse del desastre de Sadowa, y el probable de Italia, la nueva potencia europea apadrinada por el Imperio francés, y que no podía menos de guardar gratitud a los vencedores de Magenta y Solferino. Afianzas que, sin embargo, fracasaron, porque Francisco José I, emperador de Austria, buscaba ya la reconciliación con la Alemania del Norte —Bismarck estaba dispuesto a apoyar la política danubiana de Viena— y porque la nueva Italia tenía motivos de sentirse agradecida también a Alemania, que cuatro años antes había permitido a los Saboyas la recuperación de Venecia.

El pretexto, como es sabido, fue el planteamiento de una cuestión sucesoria en España. El destronamiento de Isabel II, en 1868, obligaba al general triunfante en la revolución, Prim, y a los monárquicos que le acompañaban, a buscar un nuevo monarca, teóricamente elegido por el pueblo español. Prim era partidario decidido de un cambio de dinastía, lo que obligaría a buscar el candidato entre las Cortes reinantes en Europa. La negativa de la Casa de Saboya —que al fin acabaría aceptando en 1871, en la persona de Amadeo I— obligó a buscar posibles monarcas entre

las familias del norte de Europa; las gestiones de Prim llegaron, de acuerdo con lo que hoy se sabe, hasta los países escandinavos.

Por un momento se presentó como viable la venida a España de un príncipe alemán, Leopoldo de Ho'nenzollern-Sigmaringen.

En julio de 1870, el Gobierno español anunció la aceptación de Leopoldo y de su familia; cierto que entre la familia del candidato se encontraba el propio rey de Prusia, Guillermo I, y éste no había dicho su última palabra sobre el particular. Pero la reacción en Francia fue de verdadera violencia. La prensa escribió en términos verdaderamente sensacionalistas sobre la posibilidad de que resucitase de las cenizas el Imperio de Carlos V, con una nueva unión entre España y Alemania, y los políticos franceses se lanzaron también, espontáneamente, a una frenética campaña de protestas y denuncias escandalizadas de la "amenaza alemana".

Napoleón III, siempre pacifista, y débil entonces de salud, no participaba de los entusiasmos bélicos de sus políticos y militares, y hubiera hecho lo posible para evitar un conflicto, si tal cosa pudiera hacerse sin menoscabar un ápice su prestigio interior y exterior; pero quedó desbordado por el activismo de sus ministros, especialmente por el de Asuntos Exteriores, duque de Grammont, decidido a explotar el "affaire" Hohenzollern en provecho de Francia.

La polvareda levantada en París alarmó a toda Europa, y, desde luego, hizo dar marcha atrás a los elementos interesados.

Guillermo I de Prusia aconsejó a su sobrino que no aceptara la propuesta española, en bien de la paz continental, y Leopoldo declinó la presentación de su candidatura. Días antes, Prim ya había anunciado que España estaba dispuesta a retirar la proposición Hohenzollern si ello era necesario a la paz europea, y el 12 de julio de 1870 se hizo pública en Madrid la renuncia del príncipe alemán, y la aceptación de la misma por parte del Gobierno español.

El incidente parecía definitivamente terminado, y con una apreciable victoria diplomática de Francia. Pero la facilidad con que el griterío de París había conseguido su propósito cegó al duque de Grammont. Era preciso añadir al triunfo la humillación

del adversario, y por eso el ministro francés ordenó a su embajador en Berlín, Benedetti, que se entrevistara con el rey de Prusia —en aquel momento en el balneario de Ems— para exigirle una declaración formal de que no permitiría jamás que un Hohenzollern ocupase el trono español.

La entrevista de Ems no fue cordial, si bien tampoco tan violenta como después se llegó a creer. Guillermo I respondió con cortesía y dignidad a la vez. Hizo saber al embajador galo que ya había aconsejado a su sobrino que no aceptase la candidatura española; pero que no podía plegarse a una exigencia como la que París reclamaba, ni a cerrar a todos sus parientes las puertas de una decisión libre, que ni él ni mucho menos el Gobierno de Francia tenían derecho a impedir. Benedetti solicitó horas más tarde una segunda entrevista, y Guillermo I, molesto por lo áspero de sus exigencias, la negó.

La situación había llegado a extremos tensos, pero la hizo llegar al paroxismo la versión que el canciller Bismarck —a espaldas del propio Guillermo I— dio a la prensa.

Aquella versión —el célebre telegrama de Ems— era una intencionada espada de dos filos.

Presentaba a los alemanes la insolencia del embajador francés, y a los franceses, el desaire del rey de Prusia, dando a aquél con las puertas en las narices. Con ello, Bismarck lograba los dos objetivos a un tiempo: suscitar la "cólera del pueblo alemán", único cimiento, según una anterior afirmación suya, de la unidad total del país, y despertar en los franceses un movimiento de indignación que los arrastrase a la guerra, haciéndoles aparecer como agresores.

En cuanto el telegrama de Ems fue conocido en la prensa francesa, la conmoción no tuvo límites, y el ambiente belicista lo invadió todo. En la Asamblea Nacional se celebró una sesión tormentosa, en la que todos estuvieron de acuerdo en que "ya no cabe más lenguaje que el de los cañones", excepto una pequeña minoría, en la que figuraban Thiers y Gambetta, que opinaban que un telegrama de prensa no era una respuesta diplomática, y que se imponía esperar el informe oficial de Benedetti. El entusiasmo, dirigido por Grammont, se

desbordó, y allí mismo se decidió declarar la guerra.

El 14 de julio de 1870, aniversario de la Revolución de 1789, el Gobierno francés dio la orden de movilización general. El día 15, Guillermo I hizo lo propio en Berlín; toda la Confederación del Norte apoyaba a Prusia como un bloque único. El día 19 partió de París la declaración formal de guerra.

Francia movilizó unos 550.000 hombres, con los que esperaba superar a sus adversarios; pero la movilización se hizo con lentitud, y en medio de increíbles contratiempos por culpa de la imprevisión más absoluta.

El 7 de agosto, cuando ya había comenzado la invasión alemana, no habían sido transportados al frente más que unos 275 mil soldados; von Moltke, una semana antes, contaba ya prácticamente con la totalidad de sus efectivos, unos 385.000 hombres.

Fue la mayor rapidez de movilización, y la mayor movilidad de sus tropas, lo que dio a Moltke una victoria fulminante y decisiva. Los franceses no tuvieron tiempo de reagruparse, en tanto su adversario, realizando sus movimientos con una precisión perfecta, los envolvía y desconcertaba en todas partes.

Fue primero el avance general por el sector de Alsacia, que obligó al mariscal francés Mac-Mahón a una precipitada retirada; más al norte, con centro en Metz, se defendía Bazaine, que, aferrado al terreno y a viejas tácticas que todo lo fiaban de la posesión de las plazas fuertes, no llevó convenientemente sus servicios de información, y no comprendió que el avance alemán más al sur iba a dejarlo aislado de su retaguardia. El día 10 de agosto emprendió Moltke la maniobra sistemática para cercar a Metz; mientras unos cuerpos de ejército convergían por el sur desde Nancy, otros cruzaban el Mosela al norte de la ciudad. Los ejércitos de Bazaine se vieron rodeados en todas partes y refluieron sobre Metz, que era precisamente donde Moltke pretendía encerrarles. Una serie de pequeñas batallas bastaron para inutilizar la mitad del ejército francés.

Entretanto, Napoleón III, enfermo y pesimista, había llegado al frente. Era partidario, como el propio Mac-Mahón, de ordenar una retirada general hacia París; pe-

ro la "opinión", según telegrafiaba la emperatriz desde la capital, hubiera recibido muy desfavorablemente aquella medida. Era preciso hacer honor al apellido, ponerse al frente de las tropas y batir al enemigo en una batalla decisiva.

Los franceses contraatacaron hacia el norte, por Sedán, pensando cortar la retirada del adversario; pero fue por la habilidad láctica de Moltke y la mayor movilidad de sus efectivos, en una serie de movimientos magistrales, las que le permitieron tender una celada a su adversario.

A fines de agosto, el segundo ejército francés quedaba cercado en el sector de Sedán, sin escapatoria alguna posible. Entre los sitiados se encontraba el propio Napoleón III.

El 2 de septiembre fue la rendición. El emperador de los franceses, deshecho y desmoralizado, se entregaba a la generosidad de Guillermo I; la noticia se conoció en París el día 4, y al momento se lanzaron a las calles los activistas republicanos, que no parecían sino estar esperando este momento de la derrota imperial para proclamar el fin de la monarquía. Thiers y Gambetta, a quienes los hechos venían ahora a dar razón, eran los dueños de la situación, sin duda alguna. El segundo constituyó en el Hotel de Ville un Gobierno de Defensa Nacional.

La emperatriz Eugenia huyó a Londres.

Gambetta, antes pacifista, soñaba ahora con prolongar la lucha, para darle un carácter popular, "jacobino"; si el Imperio había caído por la derrota, la República se prestigiaría con el éxito de la defensa. Pero los ánimos estaban divididos, y muchos de los revolucionarios pensaban que no podrían consagrarse las nuevas instituciones sin acordar cuanto antes la paz.

Los alemanes siguieron su avance y se acercaron a París. La Asamblea Nacional se trasladó a Burdeos y la capital resistió hasta enero de 1871.

En las elecciones de febrero triunfaron inesperadamente los monárquicos. Se negoció una tregua, y, a fines de mayo, se firmó la "paz de Francfort".

Francia, humillada, entregaba Alsacia y Lorena, y se comprometía a pagar a los alemanes una indemnización de guerra de cinco mil millones de francos.

Entretanto, el 18 de enero de 1871 se había celebrado una impresionante ceremonia en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles, ya ocupado por los alemanes.

Guillermo I de Prusia, en presencia de Bismarck y del Estado Mayor General, era proclamado "Emperador de Alemania".

Todos los Estados germanos, incluyendo los del sur, aceptaban con entusiasmo al Káiser, al César, que venía a resucitar el Reich, el Imperio de los Otones y de los Hohensaufen, un Imperio totalmente alemán, sobrepuesto al decadente de Viena.

El mismo Guillermo había dicho en cierta ocasión: "La unidad alemana es cosa de tiempo, y habrá de empeñar dos o tres generaciones; tal vez mi nieto llegue a verla".

Se equivocó, porque Bismarck había sabido manejar, con el "hierro y la sangre", aquella amalgama imprescindible que era la "cólera del pueblo alemán".

Una guerra común y victoriosa había hecho una obra de generaciones. Un Impe-

rio caído —el francés— y un nuevo Imperio —el alemán— venían a cambiar por completo el condicionamiento político y geopolítico de Europa.

Bibliografía:

Montgomery, Mariscal.— "Historia del Arte de la Guerra . Aguilar S.A. de Ediciones, Madrid - 1970.

Palmer, R.R.— "A History of the Modern World .

Colton, Joel.— Alfred A. Knopf, New York, 1971.

Ropp, Theodore.— "War in the Modern World . Duke University Press, Durham, N.C., 1949.

Taylor, A.J.P.— "Bismarck - The Man and the Statesman . Alfred A. Knopf, New York, 1967.

Weill, Georges.— "La Europa del Siglo XIX y la Idea de Nacionalidad . U.T.E.H.A., Mexico, 1961.

